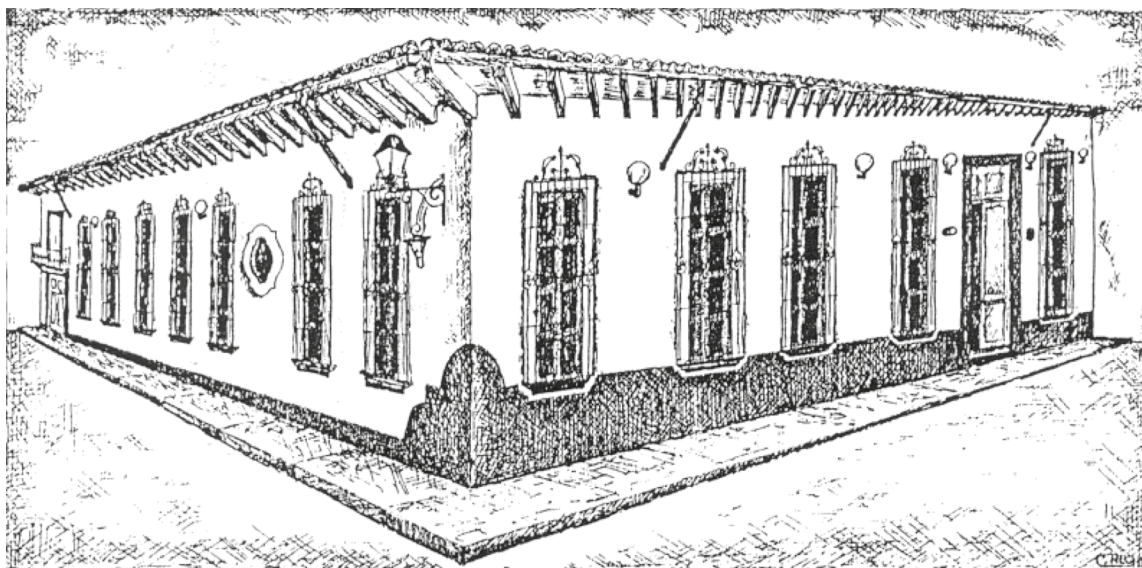


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



37

La campana vibrante. Intelectuales, esfera pública y poder en Cuba: balance y perspectivas de un trienio (2007-2010)

Mtro. Armando Chaguaceda Noriega

Prólogo: Dr. Rogelio de la Mora

Xalapa, Veracruz ● Abril de 2010

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Martín Aguilar Sánchez

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

David Skeritt Gardner

CUADERNO DE TRABAJO N° 37

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Lilia del Carmen Cárdenas Vázquez

***La campana vibrante.* Intelectuales, esfera pública y
poder en Cuba: balance y perspectivas de un trienio
(2007-2010)**

Mtro. Armando Chaguaceda Noriega

Prólogo: Dr. Rogelio de la Mora

Cuadernos de trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana



(Lázaro Saavedra, 2007)

Prólogo

El texto que contiene el presente Cuaderno de trabajo es producto de un análisis osado, serio, reflexivo y riguroso que Armando Chaguaceda ha realizado sobre la situación de segmentos de la intelectualidad en la esfera pública en Cuba, a lo largo de los años 2006-2009. Se trata de un intento exitoso buscando dilucidar el papel desempeñado por los intelectuales críticos, así como entender mediante cuáles reflexiones sociales y políticas se expresan los movimientos de rebeldía y de disconformidad de los actores. Su proyecto no es retomar esa denuncia, que ya es del dominio del gran público, sino más bien arrojar luz sobre lo que vive la sociedad, particularmente en el activismo y la protesta. Las amplias redes de jóvenes creadores, ligadas a periódicos, foros y asociaciones diversas, de las cuales hace referencia el autor, son redes que han existido de hecho. Sin embargo, su estudio pocas veces ha sido encarado. El instrumento ideológico del que se sirven estos jóvenes es triple: el de la defensa de la autonomía del campo cultural, el de su responsabilidad cívica y el de la promoción de los derechos humanos; principios que el régimen no puede rechazar y que tampoco es dueño de interpretar a su manera, como lo ha hecho del principio según el cual la clase obrera conduce a la sociedad. En ese sentido, el escrito de Chaguaceda enriquece el debate con un aspecto nuevo: la democracia en Cuba nace de la defensa de los derechos; también nace de una cierta riqueza del tejido social, de una vitalidad moral y cultural. Riqueza y vitalidad que emergen, en cierta medida, del legado de la Revolución de 1959.

En el cuerpo principal del ensayo presentado a continuación, el autor aborda y escudriña relevantes aspectos relacionados con la sociedad civil, los medios masivos de comunicación y los derechos humanos. En un primer tiempo, de manera acertada el autor se detendrá para aclarar lo que en lo sucesivo se deberá entender por el polisémico vocablo de intelectual. Sabemos que los intelectuales tienen más de un siglo de existencia y que desde entonces forman parte de esa categoría social problemática que no son ni clases ni profesiones. No obstante, toda sociedad tiene sus profesionales del pensamiento. En Cuba, nos transmitirá el autor, esta fauna está compuesta de una intelectualidad pública crítica del socialismo, por

una parte y, por otra parte, de una intelectualidad pública funcional. La primera ejerce formas de disidencia intelectual; la otra, se encarga de generar y difundir los valores y los intereses del estado. Las relaciones entre unos y otros, sembradas de numerosos dilemas y conflictos, se mantienen en tensión entre la libertad de opinión y de expresión (que exige pensar sobre la base de sus propios recursos) y el respeto de la línea del Partido. Como podremos apreciar, los miembros de la intelectualidad crítica son los que más se asemejan a aquellos herederos de la Ilustración, dispuestos a adoptar una posición contestataria, disidente e incluso de oposición. En cambio, si en su análisis el autor hubiese tomado como unidad de explicación el concepto de intelectualidad (*intelligentsia*) utilizado por la soviología académica y la sociología soviética oficial de la URSS de los años de su hegemonía, el resultado hubiera sido el que más encaja con lo que él llama intelectualidad pública funcional. Esta definición se basaba en el criterio de la formación profesional. De tal manera que un intelectual era únicamente aquel que contaba con un título universitario. La conclusión lógica, y ficticia, era que esta intelectualidad se integraba progresivamente a la capa dominante y que la contestación no constituía más que una desviación del comportamiento normal.

Llegado a este punto, al lector advertido le será inevitable evocar las grandes revueltas democráticas de la Europa del Este –principalmente, las de Varsovia, Budapest y Praga, entre 1944-1948. En ellas, la efervescencia nació en los medios intelectuales, quienes resultaron ser los aliados de las masas obreras en su oposición al socialismo real. Al radicalizarse, hicieron aparecer una amplia gama de reivindicaciones democráticas: desde la democratización del Partido hasta la pluralidad de poderes, pasando por las libertades cívicas. Precisamente, una de las fases de la contestación democrática fue el redescubrimiento de los derechos cívicos. Según la coyuntura, se reivindicaba o se ejercía la libertad de palabra; se reclama una prensa y asociaciones no enteramente controladas por el Partido (cuyo carácter dirigente no siempre se cuestionó); se deseaba o se exigía el respeto de los valores que diferían de la ideología oficial (nación, religión, vida privada...). En el caso de los actores cubanos, no es en realidad el número de elementos críticos lo que importa si no su actitud. Son ellos los que están en condiciones de estimular a la sociedad, de inspirar valor, de mostrar que se puede decir no, de enseñar la solidaridad. Si son tan importantes es porque en realidad no constituyen más que la punta de un iceberg, del cual la mayor parte guarda habitualmente el silencio y el anonimato.

En otro apartado, en tanto que analista elaborando nociones y razonamientos, el autor empleará la terminología althusseriana de “aparatos ideológicos” para mejor explicar la construcción de una “sociedad civil socialista”, encargados de reforzar el discurso hegemónico de la Revolución. Vale la pena recordar aquí que el pensamiento socialista y, en particular el pensamiento de Marx, nació de la oposición al pensamiento y a la práctica liberales fundadas sobre el principio de la dualidad permanente de la vida humana. Esta estaría dividida en esfera pública y en esfera privada, donde el hombre se identifica al ciudadano, y en esfera privada, en donde el individuo se realiza en tanto que ser humano. Según Marx, la nueva sociedad debería superar esta desgarradura en la sociedad burguesa y en el alma de cada individuo, liberar al hombre de situaciones conflictivas y superar la antinomia entre los intereses del individuo y los de la sociedad. En Cuba, contrariamente a la teoría, no es el Estado sino la sociedad civil la que estaría desapareciendo o más bien convirtiéndose en “sociedad civil socialista”.

Aquí convendría detenerse un momento, a fin de revisar la historia de mediados de los cincuenta del siglo próximo pasado, para observar cómo en Polonia surge la sociedad civil, luego de la revuelta obrera de Poznan (1956). Posteriormente, la oposición comenzaría a crearse cuando convergen tres formaciones políticas e intelectuales: los revisionistas y posrevisionistas (así bautizados entonces, de acuerdo con la vieja tradición comunista), reagrupados en torno al pedagogo Jacek Kuron y al historiador Adam Michnik y, por otra parte, la intelectualidad católica. A finales de los setenta, el movimiento había obtenido un status de oposición sino de jure al menos de facto. Una de las divisas de Michnik consistía en señalar que el único camino para los disidentes era una lucha incesante por las reformas, a favor de una evolución que ampliara las libertades cívicas y garantizara el respeto de los derechos humanos.

Avanzando en el texto, el autor nos introduce, precisamente, en el tema de los derechos humanos y de las libertades cívicas. En el renglón de la libertad de expresión, anota los retos a los que todo intelectual crítico se enfrenta. Es lo que él designa como la “penalización de la opinión”, algo que ocurre incluso previo a la protesta. Me aventuro a conjeturar que se trata de esos casos en los que, por ejemplo, un escritor asfixia su creatividad, vía la autocensura, por temor a las resistencias de parte de la redacción o de la editora. La censura, en el sentido amplio de la palabra, se propaga entonces y tiende a convertirse menos en un instrumento de

prevención que de castigo. Aquí no se responsabiliza al editor o al redactor sino que el último responsable es el escritor mismo. Para castigar hay que ir hasta las raíces del mal. Son mecanismos de censura destinados a tener un mejor control del presente.

En su célebre novela *1984*, Georges Orwell, el protagonista Winston Smith, empleado en el Ministerio de la Verdad, era una especie de censor: censuraba el pasado. Cada vez que se constataba que la producción de un producto no llegaba a la mitad del nivel previsto por el plan o que el país se encontraba en guerra contra un viejo aliado, era del deber de Smith encontrar en los archivos los numerosos periódicos habiendo consignado información contraria a lo ahora ocurrido. Luego de lo cual, en todas las bibliotecas y archivos, se quemaba escrupulosamente los ejemplares de los periódicos o documentos en cuestión y se imprimían otros con datos nuevos (las fechas seguían siendo las mismas). El Ministerio de la Verdad podía así, con toda libertad, restablecer la verdad siguiendo la necesidad del presente. La experiencia dicta que si los regímenes despóticos funcionan sin ninguna resistencia de parte de la sociedad, tarde o temprano terminan por lograr la realización del modelo de Orwell. Decir que en las condiciones actuales un escritor “no puede” permitirse escribir la verdad no es más que un atajo de camino de pensamiento. Es más bien el sistema en el cual el escritor está obligado a trabajar que “no puede” permitirse tolerar la verdad. Quien es dueño del pasado es dueño del presente, y quien es dueño del presente es dueño del futuro, escribía el autor de *1984*.

Posteriormente, Chaguaceda aborda la cuestión de la libertad de información, condición indispensable al buen funcionamiento de la economía, de la educación y de la cultura. La información aparece también como uno de los sectores claves en la actividad de los actores, que se esfuerzan por romper el monopolio detentado por el poder en ese dominio. Así, el autor atestigua que en el seno de la sociedad coexisten dos fuerzas paralelas: una nucleada en torno a la institucionalidad, “aparentemente monolítica pero declinante” y, por otra parte, “una intelectualidad tímida y atomizada, pero mutante y crecientemente conectada con redes transnacionales” (p. 9). Ante esta situación, sería oportuno recordar que un movimiento de resistencia es más eficaz no cuando el grado de opresión y de terror es elevado sino al contrario, en las épocas de relajamiento relativo, provocadas por la desagregación del aparato dirigente (Lenin dixit). En este combate de los intelectuales críticos por evitar la restricción

del campo cultural, también se puede escuchar el eco de pensadores tales como Vaclav Havel, el último presidente de Checoslovaquia y el primero de la república Checa, quien fuera encarcelado por su defensa de los derechos humanos, y de Rudolf Bahro, marxista que utilizó el mismo método del padre del materialismo dialéctico para criticar el régimen de la entonces República Democrática Alemana (RDA). Según el autor de *La alternativa en Europa oriental. Una contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, -cuyas concepciones eran cercanas a las desarrolladas en Occidente por Cornelius Castoriadis-la RDA se había convertido en un Estado casi “teocrático”, donde la división del trabajo se hacía en beneficio de una casta burocrática que ejercía la realidad del poder y donde la población, privada de sus medios de expresión, política y sindical sufría una opresión ejercida en nombre del socialismo.

Asimismo, en la China de Mao, el pueblo estaba impedido de reapropiarse de su historia, puesto que nadie tenía el derecho de consultar los periódicos anteriores a la revolución cultural. A partir de la revolución cultural, no se tenía el derecho de consultar todos los números, no se tenía el derecho de leer los libros de los opositores. Tampoco se tenía el derecho de frecuentar bibliotecas, excepto la pequeña biblioteca proletaria y roja del barrio, plétórica de libros rojos y otras obras edificantes. De igual manera, estaba vedada la consulta de documentos y trabajos del pasado. Y los museos permanecían constantemente cerrados, debido a revisiones de la Historia.

En esta línea de argumentación, el lector, convertido desde un principio en interlocutor, podrá compenetrarse con las descripciones y las reflexiones en torno a la pluralidad o más bien a la carencia de ella. Por su parte, nuestro autor entiende que si disimula la verdad a sus lectores deviene responsable de lo mismo que combate, del “asesinato de las palabras”. Por tal razón, emplea un lenguaje directo y sin ambigüedades, en suma el lenguaje de los hombres libres, para precisar:

Nuestra experiencia ha demostrado cómo, sin recurrir al terror físico -forma simple y brutal del monopolio ideológico- el autoritarismo ideológico puede reaccionar ante amenazas reales o imaginarias, alentando un comunitarismo heterónomo y militarizado, capaz de reprimir aquellas tendencias consideradas disgregantes, con el auxilio de una demonología del diferente y sus propios ángeles exterminadores, que genera una cultura de la intolerancia y del miedo (pp. 3-4).

En un contexto similar, el filósofo y uno de los militantes del movimiento revisionista en Polonia Leszek Kolakowsky, en su “Tesis sobre la esperanza y la desesperanza” aseveraba que las formas autoritarias del gobierno producen la necesidad de una agresión sino permanente al menos periódicamente. Añadía que a falta de guerra exterior, diversas formas de agresión interior, cuyo objetivo es mantener un estado constante de amenaza y de consolidar la sicosis de la fortaleza asediada –así fuese con la ayuda de procedimientos de los más artificiales y de los enemigos más quiméricos- ejercen funciones similares. Igualmente, pensaba que el sistema tiene necesidad de enemigos, pero teme toda forma de oposición organizada. Quiere tener por únicos enemigos aquellos a los cuales él mismo se los ha asignado y que él combatirá en las condiciones que él habrá escogido. Kolakowsky era escéptico en cuanto al margen de maniobra en la concesión de los derechos de los ciudadanos, de parte de la clase gobernante. Suponiendo que tuviera el deseo, no podría ampliar esos derechos sin riesgo de suicidio.

Esas voces que de Cuba nos llegan a través de la pluma de nuestro autor, aparentemente aisladas, confirman que en una sociedad de tal naturaleza, la intelectualidad desempeña un papel de portaestandarte de la protesta y de la reflexión de esta misma protesta. Me detendré aquí: hay que leer a Chaguaceda, un joven intelectual crítico que tiene el raro valor de pensar a Cuba desde la izquierda, en el marco estricto de la propia sociedad cubana.

Rogelio de la Mora V.

Xalapa, Ver., 14 de marzo de 2010

***La campana vibrante.* Intelectuales, esfera pública y
poder en Cuba: balance y perspectivas de un trienio
(2007-2010)**

Mtro. Armando Chaguaceda Noriega

La campana vibrante. Intelectuales, esfera pública y poder en Cuba: balance y perspectivas de un trienio.

*Armando Chaguaceda**

Resumen: Tras definir ciertas nociones básicas (intelectual, esfera pública, Revolución, etc.) este texto explora la problemática del accionar de un sector de los intelectuales públicos dentro de la Cuba actual. Caracteriza el contexto nacional y toma nota de los vínculos y reclamos de los creadores hacia las instituciones, durante el trienio que se abre de enero de 2007 a enero de 2010, así como el contraste entre acciones y declaraciones dentro del campo cultural.

La intelectualidad ha sido objeto de estudio permanente en nuestro continente, identificándosele con el segmento profesional que engloba aquellos creadores de sentidos, capaces de reformular y difundir los conocimientos más avanzados del arte y las ciencias. Dentro del gremio, la rama de los llamados “intelectuales públicos” se reconoce por su tendencia a desplegar la crítica social y asumir roles de representación de intereses o identidades colectivos, preservación de la memoria y ejercicio e invocación de la responsabilidad cívica. Vocación que desencadena en sus miembros una pasión vital por las grandes ideas, valores, temas, encarnados en una verdadera constelación de símbolos y alegorías que (re)crean y evalúan de forma regular y sistemática ante auditorios más o menos amplios.

Lo que define a los intelectuales públicos es la perenne preocupación por la articulación y circulación de ideas, la vocación para intervenir en la esfera pública acerca de temas considerados relevantes (aunque ellos rebasan, en ocasiones, el área de especialización) y la pretensión de ejercer alguna influencia en ciertos segmentos de las élites y los públicos, en

* Ensayista, docente y científico social cubano. Miembro del colectivo Cátedra Haydeé Santamaría. El autor agradece los múltiples aportes de Alberto J. Olvera, Delonis Escalante, Desiderio Navarro, Dmitri Prieto, Isbel Díaz, Hiram Hernández, Lázaro Saavedra, Marlene Azor, Rafael Rojas, Rogelio de la Mora, así como numerosos compañeros de la Asociación Hermanos Saíz y el Observatorio Crítico. Sin sus materiales, comentarios y aliento, no hubiera sido posible este texto.

soporte u oposición a agendas políticas o fenómenos sociales específicos. De ahí que la amenaza de convertirse en todólogos esté siempre latente. La autoridad del intelectual público se sustentará en una mixtura –no siempre proporcional- entre competencia académica, coherencia ética y sensibilidad social, expresada en capacidad de comunicación e incidencia públicas.

Este texto toma nota de tales tendencias y desafíos (acaso sin conseguir sortearlos) al proponer una mirada a la participación de un sector de la intelectualidad cubana en la esfera pública y las instituciones culturales de la isla. Proceso, sujeto y contexto enmarcados por el trienio que se abre con la llamada Guerrita de los Emails (enero de 2007), debate generado a partir de la aparición simultánea en televisión de funcionarios responsabilizados de la represión y censura culturales en la década del 70. La polémica se desarrolló en el primer trimestre de 2007 y tuvo como marco las redes de emails y algunos foros institucionales, adscritos al Ministerio y asociaciones culturales. Los medios masivos permanecieron blindados al debate y sus repercusiones. Culmina el ensayo en la coyuntura de inicio del presente año, momento que concibo como inicio, lento y sigiloso, de un reajuste integral del régimen cubano, de alcances insospechados. Pretendo analizar, a partir de acontecimientos claves, cómo se vinculan o contrastan acciones y declaraciones intelectuales e institucionales, para atisbar ciertos rasgos del proceso y posibles tendencias evolutivas.

Las clasificaciones al interior del campo son múltiples, con frecuencia fundadas en rasgos comportamentales e identitarios, que son tributarias de clasificaciones dicotómicas. Al diferenciarlos de los tecnócratas (ungidos de una formación depurada, científicamente rigurosa e instrumental) a los intelectuales públicos se les presenta como creadores culturales, socialmente intervencionistas y expresivos (Borricaud, 1990:13-14). En esa cuerda, a veces se les considera una mera fracción subordinada de la clase o grupo dominante, dentro de la cual hallan cálido abrigo aquellos exponentes funcionales que reproducen los valores oficialmente establecidos, cumpliendo las funciones de legitimadores ritualistas (Mansilla, 2003:21-22). En la acera opuesta se hallarían los intelectuales públicos críticos, capaces de ejercer alguna modalidad de disidencia intelectual (De la Mora, 2007:92).

Los canales de ascenso del intelectual público mezclan los resultados del esfuerzo y la capacidad personal, el rol de mentores y el impulso otorgado por redes de amigos y colegas,

incluidos –pragmáticamente- ciertos intelectuales funcionarios. Todos hacen posible la inserción en los circuitos editoriales, particularmente valiosos para el reclutamiento y certificación de los intelectuales noveles. Rutas de desarrollo que cristalizan en las instituciones y asociaciones culturales, universidades y centros de investigación, capaces de proveer el sostén económico (mediante la cogestión o el patrocinio) e impulsar la socialización y comunicación con otros intelectuales, colectivos y públicos; espacios todos que devienen terreno de camarillas, pasiones y escaramuzas, al amplificar o reducir los costos de adscripción o salida, marginación o encumbramiento, del participante.

En cada comunidad (desde el gremio a la nación) se van sedimentando consensos de base, que definen aquellas instituciones básicas incuestionadas, portadoras de una ideología de amplia aceptación, que posibilitan una integración gradual, realista y jerárquica, basada en un sistema de incentivos y privilegios compartidos. Dicha integración establece los marcos y acuerdos para la realización individual y define los medios para lograrlo, dando legitimidad al conjunto. Entre los intelectuales este consenso de base se expresa mediante el respeto al mérito y prestigio personales, representados a través del saber -y su socialización efectiva mediante los medios de educación, comunicación y difusión culturales- y las posturas cívicas derivadas de este protagonismo (Borricaud, 1990:58). La comunidad ilustrada operará según ciertas reglas básicas establecidas, mediante lenguajes y saberes especializados, desarrollados en procesos sucesivos de adquisición y socialización de información y opinión.

No planteo aquí la idea de un sujeto intrínsecamente equilibrado y virtuoso. Incluso dentro de la intelectualidad pública de izquierdas, a cuyas huestes me adscribo, hemos combinado la crítica radical de la sociedad contemporánea, la tendencia a la autoglorificación como suerte de vanguardia esclarecida y redentora -con filiación partidista o carente de ella- y el profetismo, con prosaicas estrategias de coquetería hacia las instituciones (Borricaud, 1990: 31-33). Y hemos sido con frecuencia presa de dogmas y complejos propios o importados,¹ que redundan en la incapacidad para resolver el problema de nuestra real identidad -de cara a procesos en curso y/o regímenes establecidos- y de proponer preguntas y respuestas adecuadas en aquellas coyunturas complejas que nos implican (Mansilla, 2003:33).

¹ Como el “pecado original” que tanto ha abonado la tradición antintelectualista dentro de la izquierda, de no nacer de las filas del proletariado.

Intelectuales y esfera públicos

La intelectualidad pública juega un papel crucial en los procesos de expansión de la democracia, cuyos ideales y prácticas viabilizan y concretan la autodeterminación de un pueblo, a través de sus disímiles clivajes sociales. Este rol ilustrado es obvio, en tanto el fenómeno democrático posee un sustrato cultural (cognitivo y afectivo) que rebasa las instituciones enmarcadoras del proceso político y los fundamentos materiales de la vida social (Lechner, 1990). Dicho sustrato estructura todo un campo de discursos plurales y concurrentes, capaces de interpelar, mediante referencias y cuestiones comunes, a los dinámicos participantes y las políticas en curso. El espacio clave para el ejercicio de esta deliberación intelectualmente motivada, se halla en las diversas modalidades de la esfera pública, cuya versión más acabada es la esfera pública política.

La estructuración de cada esfera pública nacional es un proceso histórico accidentado, dilatado y multidimensional. Desde una “inofensiva” esfera pública literaria, en cuyo seno personas privadas e iguales hacen uso público de la razón para el cuestionamiento de cánones y obras artísticas, puede emerger paulatinamente una esfera pública política, esencialmente sustraída al poder estatal, pero cuyos temas refieren a este. Esfera donde, al exponerse a la publicidad, un caso particular puede adoptar un valor e interés generales, convirtiéndose en causa cívica, movilizandando la información y convirtiendo a espectadores pasivos en público deliberante.

La esfera y opinión públicas son cimientos de la vida democrática. Cuando una auténtica opinión pública se expande, los discursos políticos, estéticos y éticos -otrota preocupación de grupos minoritarios- se extienden en su uso en toda la escala social, se expanden a las “periferias” socioestructurales y territoriales de la nación, y aceleran y radicalizan su influencia al tomar cuerpo en los debates cotidianos de la gente. Aquí el civismo intelectual nutre al civismo político, que una vez reforzado, opera en reversa generando un ciclo virtuoso.

Conviene hacer aquí una distinción necesaria. El civismo político nace de la imposibilidad de eliminar al adversario sin desencadenar una desestabilización general de la sociedad que afecte a todas las tendencias en pugna. La lógica de “enemigo total” en clave de

Schmitt, conduce a un juego “suma Cero” donde todos somos perdedores: su alternativa estructura un pacto de convivencia forzoso que asienta condiciones de posibilidad, no previstas, para un desarrollo cultural, civilizatorio y cívico.

Por su parte, el civismo intelectual, aunque posee componentes asimilables al realismo político, se funda en la idea de coexistir con un adversario al que admiramos y con el cual compartimos valores estéticos, éticos, y postmateriales. No quiere decir que en su “reino dorado” se esfumen las diferencias y preferencias ideológicas de actores condicionados, por la “materia prima” de su actividad (ideas, valores, representaciones) a ser entes políticos. Pero sí que se rechace la hiperideologización, en tanta estrategia de las organizaciones políticas (estados, partidos) para instrumentalizar la creación y someter los públicos, la cual (...) contribuye a introducir en lugar del civismo una especie de guerra civil en el debate intelectual (Borricaud, 1990:104).

En Cuba, la esfera pública republicana, sucesivamente vigorizada por la revolución de 1930 y el proceso constituyente de 1940 y sus secuelas, amamantó el civismo de la Generación del Centenario y posibilitó la revolución de 1959, con sus aspiraciones y contenidos de justicia, democracia y soberanía nacional. Recientemente he ponderado, como un rasgo de desarrollo político, la preferencia de dialogar con ciudadanos “cuestionadores” en lugar de “masas apáticas”, “(...) con las cuales la gesta de 1959 nunca hubiera sido posible” (Colectivo de Autores, 2010). No obstante ese antecedente y legado, durante el pasado medio siglo cristalizó una institucionalidad ungida con la vocación (y el poder) para controlar los bienes públicos, delimitar el campo cultural, imponer patrones ideológicos y definir las pautas de la política cultural, todo esto en un país habitado por un público amplio y plural, dotado con altos índices de alfabetización e instrucción. El resultado de esta pretensión ha sido el afianzamiento del autoritarismo político y social, extendido al mundo de la cultura y las ideas.

Nuestra experiencia ha demostrado que, sin recurrir al terror físico -forma simple y brutal del monopolio ideológico-, el autoritarismo ideológico puede reaccionar ante amenazas (reales o imaginadas) alentando un comunitarismo heterónimo y militarizado, capaz de reprimir aquellas tendencias consideradas disgregantes, con el auxilio de una demonología del diferente y la creación de sus propios ángeles exterminadores, capaces de generar una cultura

de la intolerancia y el miedo.² Dicha cultura del miedo, hija del autoritarismo, es también condición de su perpetuación. Su impronta se expresa en violaciones cotidianas y sistemáticas (sean masivas o puntuales) de los derechos de la ciudadanía, capaces de erosionar la confianza, los horizontes de futuro y los referentes colectivos. Una vez instaurada dicha perversión dentro de un orden social, sus integrantes tienden a sustituir la idea de una vida deseable por una noción de lo posible, a abandonar los esfuerzos de articulación autónoma en aras de alcanzar objetivos comunes y se refugian en la precariedad de lo inmediato y lo privado, mientras se generalizan la impotencia y la apatía.³

Llevada la batalla al terreno de las ideas, el pensamiento dogmático busca sujetar el campo cultural no sólo mediante la sanción sino también, con mucha frecuencia, la descalificación. Los intelectuales críticos se presentan como seres excéntricos, orates y desviados. El dogmatismo sabe que la única forma en que los protagonistas críticos existen en solitario es cuando nadie más crítica. Por ello recurre a las acusaciones de protagonismo y desequilibrio como intencionalidad psicológica: para culpar, aislar y desmovilizar.

Las coordenadas criollas

Hemos mencionado las expresiones e impacto de políticas desplegadas por el estado cubano sobre el campo cultural, pero cualquier mirada sobre esta relación entre estado y campo cultural debe ser historizada y, por tanto, reflejar la variabilidad y coherencia de estos nexos, a partir de la noción de lo *revolucionario*. Porque la ideología y cultura *revolucionarias* resultan interna e intrínsecamente heterogéneas, fiel expresión de los equilibrios y consensos sociales inestables establecidos entre las tendencias abrigadas en el proyecto triunfante en 1959. En el seno de este decurso histórico, la preponderancia de dos imaginarios (el marxista-leninista y nacionalista-revolucionario) sobre las demás tendencias se saldó, a fines de la primera década del proceso, con la institucionalización del régimen político y la centralización simbólica y efectiva del poder en torno al liderazgo carismático de Fidel Castro.

² Entendemos el miedo como la percepción, individual o colectiva, de una amenaza, real o imaginada, tan variable en sus grados de intensidad, como en las formas de manifestarse y ejercerse. El autoritarismo no hace otra cosa que apropiarse y expandir ciertos temores colectivos, ideologizándolos.

³ Al respecto consultar “Hay gente que se muere de miedo” en (Lechner, 1990).

Durante los primeros 30 años posteriores a 1959, Revolución y Régimen mantenían mayor correlación, coherencia y simetría que en las últimas dos décadas, donde los desfases se han hecho más visibles. Hago explícita mi distinción analítica entre ambas nociones, definiendo al régimen como un complejo de instituciones y reglas de operación estrechamente ligados a demandas de la realpolitik y los dictados de la clase o grupo dominante en el seno de la sociedad. La Revolución, por su parte, englobaría un amplio repertorio de prácticas, valores, discursos y costumbres, procedente de vastos sectores sociales (populares y medios), reivindicador de la memoria y participación populares, la igualdad y justicia social, así como el rechazo a toda forma de dominación y jerarquía. Lo *revolucionario* expresa la impronta emancipadora de un cambio social repentino, radical y desestructurador de viejas jerarquías y dominaciones, cuya inercia perduró, como hecho sociológico, hasta fines de los 80.

Me interesa particularmente, para los fines de este ensayo, delimitar el sujeto de estudio de otras categorías profesionales, numerosas en un país como Cuba, que cuenta con altos índices de instrucción y titulación superior. En Cuba podemos hallar hoy una intelectualidad pública -y crítica- del socialismo cubano, distinguida tanto del funcionariado ocupado en la propaganda y control ideológicos, como de sus colegas ubicados en la oposición política activa, fuera del sistema institucional, políticas culturales y culturas políticas del sistema. Este intelectual revolucionario sería, coincidiendo con la opinión de un colega, una suerte de hijo bastardo, siempre sospechoso, de la cultura e instituciones oficiales de su tiempo y contexto, con posturas particularmente incómodas para aquellos poderes que se proclaman revolucionarios (Guanche, 2010).

Se trata de un grupo heterogéneo, en términos generacionales, arraigo territorial, referentes culturales y esferas de creación. Nucleado alrededor de la defensa de una identidad y soberanía nacionales, políticas sociales redistributivas y una democracia no representativa, esta intelectualidad revolucionaria rechaza simultáneamente el conjunto del orden capitalista vigente en la primera mitad del siglo pasado y las deformaciones burocráticas erigidas en nombre del socialismo, reforzadas -pero no nacidas- a partir del décimo aniversario del nuevo orden. Sus más activos exponentes parecen asumir una noción esbozada por Pierre Bordieu según la cual el quehacer intelectual supone la defensa de la autonomía del campo afín frente a

todos los poderes, institucionales o fácticos, sin renunciar por ello al compromiso con la actividad política.

Este sector de la intelectualidad sufrió en carne propia la adscripción del proceso revolucionario cubano, cristalizada a inicios de los 70, al llamado “marxismo-leninismo”, híbrido de filosofía, sociología y teoría de la historia, el cual impregnó en Cuba las marcas del estalinismo en tanto “proceso histórico donde se transitó del radicalismo revolucionario a una posición política conservadora” (Hernández, 2008). Dicho orden de cosas rigió en todo vigor por veinte años, perdurando su inercia más allá del derrumbe de la URSS y el desprestigio de sus manuales, como testimonia la matriz de formación ideológica de los cuadros políticos, funcionarios y buena parte del mundo docente cubano. Este proceso se refuerza por “la carencia de fuentes bibliográficas, la falta de apertura y de debates, así como la disposición académica” (Hernández, 2009).

La historia del socialismo de estado criollo ha demostrado que el campo cultural puede expandirse, crecer en cantidad y en cierto modo en calidad, sin dejar de sufrir el control estatal, mediante una política selectiva de mecenazgos y exclusiones capaz de desencadenar, simultáneamente, tanto reacciones de retirada a lo privado como insurrecciones cívicas. Ello provoca una precariedad material y discursiva de la esfera pública, una de cuyas pruebas fehacientes podemos hallarla en la casi total ausencia en el léxico cotidiano de nociones como sociedad civil, pese a su empleo profuso en debates y publicaciones académicas, dirigidas a un público relativamente limitado y a menudo autorreferente. Como colofón, los aparatos ideológicos del estado han instrumentalizado el tópico, construyendo la idea de una “sociedad civil socialista”, potencialmente inclusiva de no ser por la definición acotada y caprichosa de sus contenidos: las llamadas “organizaciones de masas” y algunas socioprofesionales.

Pero lo que estructuralmente se constata en la Cuba de inicios del siglo XXI es un creciente desfase entre la “política política”, que define las “reglas del juego” (en especial aquellas no escritas que difieren o incluso violentan la normatividad formalmente vigente) y la “política cultural” del campo cultural y sus instituciones afines. Al impactar la primera sobre el exiguo territorio de la segunda aparece el mito de las “dos políticas culturales”, paralelas y distintas, desarrolladas dentro del mismo entramado institucional y social, una culpable de los “errores” de la información y censura y otra “aperturista” y dialógica. En realidad las

saludables iniciativas del Ministerio de Cultura (y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba –UNEAC- y la Asociación Hermanos Saíz -AHS-) se sujetan –en última instancia y no sin conflictos- a los dictados de la primera, mientras que por su “calidad”, tributan a la hegemonía del discurso de la Revolución, imprescindible para el apoyo crítico (creíble) de la comunidad intelectual foránea y sus interlocutores domésticos.

Por su parte, las acciones del aparato ideológico, el sistema educativo y los medios masivos, como regla, procuran garantizar, de forma mucho menos elaborada, el control político y reproducir el consenso en torno al régimen y sus políticas. Esta aparente “confusión” entre apertura e inmovilismo permite explicar la coexistencia esquizofrénica de espacios ganados a la censura y el dogmatismo (con connivencia o apoyo institucionales), gestos y retórica pluralistas y de respeto a ciertos espacios de autonomía, con prácticas medievales de represión y censura y la apelación instrumental a una idea burocrático-autoritaria de cohesión nacional, restrictiva del propio sujeto popular y socialista. La persistencia histórica de estas prácticas ha sido testimoniada por intelectuales de la valía de Víctor Casaus,⁴ Arturo Arango⁵ y Desiderio Navarro.⁶

A este orden de cosas se le responde, desde algunos sectores de la intelectualidad pública, mediante la constitución de una suerte de “política de los sin poder”, contraparte sociocultural del mainstream institucional percibido como ajeno, arcaico o adversario. En sus predios un Ariel ilustrado -o postmoderno- se refugia en el mundo artístico para construir, en comunión, una sociedad imaginaria, paralela a la real. Desde sus estéticas y poéticas, hija de la razón, los (auto) inxiliados de la realpolitik comparten una especie de ideología común, fincada en abstracciones y generalizaciones, vehiculizada por las políticas literaria y la educación teórica.

⁴ Casaus reconoce con claridad la obsesiva idea de que “todo debe estar tranquilo”, que permea incluso al intrínsecamente inquieto y polémico campo cultural (Martínez, 2006: 342).

⁵ Arango ha señalado las reticencias del poder para con el pensamiento de izquierda (Heras/Navarro, 2007: 9).

⁶ Navarro destaca la inoperancia de los espacios de debate y la necesaria constitución de una esfera pública supletoria (como la de las redes de correos) ante la inexistencia de otra realmente funcionante) y el rechazo de intervenciones no autorizadas, programadas o reconocidas y la administración de la memoria y el olvido como reacciones institucionales frente al accionar intelectual. (Navarro en Heras y Navarro, 2007: 17, 21)

Los años transcurridos desde 1989 muestran el tránsito desde trayectorias de compromiso activo a otras de neutralidad pasiva u oposición beligerante, en medio de un repliegue de parte del campo cultural al “terreno experto”, alejado tanto del oficialismo, como de la crítica socialista y opositora. Se han actualizado añejas tradiciones letradas de “defensa de la autonomía del arte”, descontaminada de cualquier lenguaje político explícito, lo que conecta muy bien con las exigencias mercantiles del mundo globalizado.⁷

Algunos de estos fenómenos no son privativos del caso cubano, aunque sus expresiones difieran en otros contextos. Varios autores latinoamericanos destacan el antintelectualismo acendrado de los políticos y sociedades de la región, así como la peculiar relación de rechazo y dependencia que liga a los intelectuales y sus públicos (mayoritariamente de clase media) respecto a la política práctica (Hofmeister y Mansilla Eds., 2003). Dichos autores llaman la atención sobre el repliegue intelectual respecto a la política, la desideologización y la disociación entre teoría y vida cotidiana, así como la existencia de versiones de intelectualismo elitista - cerrado y autorreferencial- o populista y promotor de la mediocridad de la clase política.

Sucede que en Latinoamérica es ya tópico común, en sectores de la intelectualidad de izquierda, denunciar la “criminalización de la protesta social” desplegada por el llamado “neoliberalismo de guerra”, convertido en pensamiento único y sentido común durante los pasados 20 años. Pero, paradójicamente, el desafío de un intelectual crítico cubano es enfrentar cotidianamente la “penalización de la opinión”, algo que antecede incluso al acto o la protesta, como condición de posibilidad para una política deliberativa socialista. Y lo hacer a menudo en medio de la indiferencia (y hasta el reproche) de sus homólogos de la región y los coqueteos de la academia y prensa neoliberales, que tratarán de sumarlo como parte de su plantilla de “voces disidentes”.

En Cuba, la dialéctica entre el antintelectualismo de los políticos y buena parte de la población, se ve reforzada por la anémica política de fomento a la información y debate públicos, correspondida por el apoliticismo de un segmento de la intelectualidad, y

⁷ Arturo Arango caracteriza la postura complaciente de lo que llama “derecha pragmática”, que mezcla oportunismo de mercado con preferencia oficial por actitudes de obediencia y silencio (Heras/Navarro, 2007: 9).

amplificada por repetidas muestras de insolidaridad gremial. Desde ahí, habría que considerar con reservas la tesis de una supuesta “actual unidad del movimiento intelectual cubano” capaz de posibilitar una resistencia ante las injusticias, a despecho de trayectorias y estéticas diversas.⁸ Sin embargo, puede aventurarse como hipótesis que tal vez, en lugar de una simple transacción entre libertad y temor, posibilidad y costos, privilegios y lealtades, lo que el mosaico refleje es un silencioso reconocimiento de fuerzas entre una institucionalidad aparentemente monolítica pero declinante y una intelectualidad relativamente tímida y atomizada, pero mutante y crecientemente conectada con redes transnacionales. Como aquellas escenas de los Westerns, donde ambos pistoleros se miden cuidadosamente un buen rato...antes de decidirse a disparar.

El problema de fondo es la falta de transparencia de los espacios deliberativos cubanos, reforzada por una política que consagra la asimetría de recursos, poder y medios de difusión de ideas, entre una sociedad porosa, diversa y creativa, por un lado, y una mayoría de agencias estatales ignorantes de la tradición crítica de izquierdas y de la lógica política y comunicacional del siglo XXI. Aunque la pluralización de medios electrónicos de difusión de ideas y el creciente poder simbólico favorecen tendencialmente a la primera, asistimos a espacios deliberativos precariamente defendidos frente a las “guerras de baja intensidad” desarrolladas por el pensamiento estalinista y su correlato de ultraderecha, dentro y fuera del país. Además, la composición del público que asiste a los espacios ilustrados (y acotados) de debate da cuenta de la concentración del capital cultural, económico y social en determinados estratos poblacionales (multiplicados por la herencia del linaje y la endogamia) que les aíslan, por su cultura y cautela, de las mayorías susceptibles de irrumpir, reivindicando sus derechos a puñetazos, en las calles.

Los “gloriosos años 80” hallaron en la plástica el magma portador de prácticas y mensajes renovadores. En la década siguiente la narrativa, a medio camino entre la autonomía creadora y un mercado capaz de sujetar y reforzar la primera, logró mayores espacios de representación, negociación y solidaridad de cara al estado. ¿Asistiremos en este siglo XXI a

⁸ Heras en Heras y Navarro, 2007: 70.

la emergencia de un pensamiento e incidencia sociales, herederos de aquellos discursos y prácticas, capaces de producir el desplazamiento de la metáfora artística al manifiesto cívico?

Ciertamente los desafíos son enormes pero percibo que no pocos gestores y movimientos socioculturales van comprendiendo los costos de cualquier opción de sobrevivencia que implique “mantener los espacios” vaciando los sentidos. Sostener un foro estéril o de acceso restringido (como parece imponerse cual pauta institucional) no sirve sino para legitimar los autoritarismos y exclusiones y decorar la censura al pensamiento crítico, aparentando lo que hoy resulta prácticamente inexistente: pluralidad, respeto y diálogo como condiciones generales de la convivencia social y no como privilegios gremiales. En el contexto y coyuntura cubanos, de regimentación del pensamiento, el mero sostenimiento coherente de esos principios es difícil y meritorio. No se necesita sobredimensionar el actuar y los objetivos de dichos proyectos: un taller o revista no constituyen un movimiento social, aun cuando sería muy saludable que en sus foros emerjan y se articulen identidades y acciones postreflexivas.

Son las personas concretas las que, autónomamente, pueden garantizar la existencia viva de estos espacios y, trascendiéndolos, incidir en la esfera pública con vocación transformadora. Se puede comenzar con pequeñas rebeliones cotidianas: la denuncia de cualquier agresión física o verbal que busque acallar, sin argumentos, las voces del otro – siempre que este no sea a su vez, explícito promotor o portador de violencia- y el rechazo a la política de exclusión física de los espacios deliberativos y a la descalificación personal como sustituto del debate y la represión político administrativa de ideas y portadores.

El tiempo pasa...

Es evidente que detrás de cada postura intelectual se oculta un acumulado de afectos, ideales y recursos expresado en múltiples configuraciones específicas. El factor generacional pesa mucho a la hora de comprender las motivaciones y actitudes de cada hornada de intelectuales críticos de la Revolución Cubana. Destaca la asimilación estoica y militante del silenciamiento sufrido por parte de intelectuales críticos de la década del 60, que ha generado su (auto)comprensión como “Generación de Lealtad”, negada al reconocimiento de culpabilidad

y al abandono (físico e ideológico) del proceso al que entregaron sus mejores años (Martínez, 2006:351).

La influencia de exponentes de esa generación es apreciable en la obra y posturas del segmento más joven de la intelectualidad crítica. Sin embargo, la voz de la experiencia alerta que “(...) puede ser útil escuchar a los que desde el espacio intelectual vivimos aquella etapa y tenemos una experiencia acumulada, pero lo que se les impone a los jóvenes actuales es, sobre todo, crear. Los jóvenes intelectuales y científicos sociales no pueden continuar siendo meros epígonos de una generación anterior. Es imperativo que asuman que hay una revolución tecnológica, una eclosión cultural y, fundamentalmente, un país y un mundo distinto y cambiante que obliga a re-crear nuevas formas de apropiación y respuestas tanto para los desafíos de la Revolución como para el dominio global de la cultura burguesa (...)” (Hernández, 2009). Este asunto ha motivado a Arturo Arango a destacar la necesidad de cada generación de realizar el “parricidio”, que le permita afirmarse en sus propios caminos (Arango en Heras/Navarro, 2007:167).

Es indudable que los mejores exponentes de esta Generación de la Lealtad reúnen en sí mismos las virtudes del compromiso anticapitalista, la erudición y la capacidad de comunicar con la juventud. Si a ello sumamos su accidentado historial (fuente de un peculiar anecdotario) y la antipatía que despliegan por su imagen, posturas y acciones aquellos “celadores de la fe” que aún pueblan vastos sectores de la academia cubana, entonces el encantamiento de los artistas y pensadores críticos de los 60 se multiplica exponencialmente. Pero quiero destacar la insuficiencia de su legado para enfrentar los problemas de la sociedad, la esfera pública y el campo cultural cubanos de hoy.

En la medida que mis contemporáneos venzan el encantamiento un tanto acrítico e ingenuo que sobre ellos ejerce la vida y obra de nuestros queridos viejos amigos, serán capaces de actuar en consonancia con los tiempos. Quedarán como la fuente siempre necesaria de erudición, vivencias, consejo y aliento...y nada más. Fenómenos como la autocensura voluntaria (no la que nace del aplastamiento) y el ostracismo militante tenderán a desaparecer o deslegitimarse como actitud de nuestros intelectuales progresistas del siglo XXI.

Porque la fe en la rectificación futura de los “errores” por una “Revolución” capaz de premiar cierta “lealtad” tiene claras fronteras temporales. Sostenerla pudo ser legítimo y honorable para aquellos militantes sesentones, socializados en la fase revolucionaria, ascendente, masivamente liberadora, del proceso cubano. Pero aconsejarla y enjuiciar con base a ella los actos juveniles de rebeldía -a menudo inspirados en el espíritu, prédica y ejemplo de aquellos patriarcas- o repetirla en el caso de los jóvenes puede ser una pérdida de tiempo, energías y perspectivas.

Más no todo es, simplemente, retirada y testimonio. También el escenario del Nuevo Milenio trae la emergencia de sociabilidades crecientemente politizadas, nacidas dentro de redes artísticas críticas, autónomas, voluntarias y plurales. Estas buscan transformar el espacio público cubano, desacralizando ídolos, apelando a formas de horizontalidad y autonomía que, sin desconocer el sitio y rol del individuo en sus facetas de creador, público y ciudadanía, apuestan a una rearticulación de los valores solidarios y colectivistas potenciados por la Revolución de 1959. La identidad racial, cultural y sexual, la espiritualidad, el ambientalismo, la educación liberadora, el comunitarismo barrial forman algunos de sus contenidos y referentes.

En la etapa que nos ocupa, al lado de la retórica aperturista, la desc ciudadanización y los silencios cómplices,⁹ han acaecido una serie de sucesos que testimonian la persistencia de una intelectualidad crítica. Además de los acontecimientos relacionados con la llamada “Guerrita de los Emails” y sus secuelas (Leyva y Somohano, 2008), habría que rastrear la intervención pública de creadores en los congresos de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) y la AHS (Asociación Hermanos Saíz), las muestras de la Bienal de la Habana, en las actuaciones semiclandestinas del Festival Rotilla y en los conciertos de la Madriguera, en los nuevos temas de crítica social de artistas del Hip Hop. También en las acciones de ciudadanos y proyectos autónomos, de cara al aumento de la presión y censura institucionales, que motivaron la “Carta en rechazo a las actuales obstrucciones y prohibiciones de iniciativas

⁹ El filósofo Fernando Martínez Heredia ha alertado sobre la extensión del apoliticismo, el conservadurismo, la distancia entre la investigación social y los problemas del país, y llama la atención sobre la imposibilidad de ocultar la información y el conocimiento a la mayoría de la población, perpetuando una división élites- masas ajenas al proyecto emancipador del socialismo (Martínez en Heras/Navarro, 2007: 160-161).

sociales y culturales”, firmada hasta el 2/3/2010 por 74 creadores y 6 proyectos culturales.¹⁰ El contraste evidente entre semejantes posturas y la retórica (internamente contradictoria) de los discursos institucionales serán abordados a continuación.

Del dicho al hecho...

Sara Sefchovich, en un libro que reúne -entre otras- las virtudes de actualidad, precisión y pertinencia, pasa revista al divorcio entre discurso y desempeño legal e institucional en México a partir de sus costes para la ciudadanía mexicana. La creación de burocracias y leyes inoperantes y burladas, los convenios pomposamente anunciados e incumplidos, la minimización, tergiversación y negación de información, el travestismo de las palabras, la difusión intencionada de rumores, la manipulación de símbolos y datos, la renuncia a asumir los errores y el apelar a la responsabilidad ajena, y la improvisación y no evaluación de acciones institucionales son algunas de sus manifestaciones. Las consecuencias de este desfase entre proclamas y actos son la desconfianza, la desmemoria, la doble moral, el desinterés, la corrupción, la desesperanza, el vivir el día a día, la incapacidad en articular iniciativas autónomas y el exceso de fe, típicamente infantil, en la providencia “desde arriba” (Sefchovich, 2008).

Lo sorprendente es la utilidad del diagnóstico para comprender las distancias y contradicciones que existen entre lo proclamado al calor de debates gremiales, su plasmación formal en declaraciones institucionales y los *modus operandi* de la *realpolitik* cubana. En particular, al examinar ciertos temas recurrentes del discurso oficial y del debate intelectual que atañen a la participación de los creadores en la esfera pública, extraídos de documentos e intervenciones de los últimos congresos de la UNEAC y la AHS, para contrastarlo después con el estado de la práctica real de las instituciones y los intelectuales.

En la última de sus intervenciones en el Congreso de la UNEAC, el escritor Desiderio Navarro señalaba la necesidad de “llamar a las cosas, y también a los sujetos sociales, por su nombre. Si ya en los documentos evitamos identificar e interpelar directamente las instituciones que realizan las actividades que se critican y se aspira a transformar —a pesar de

¹⁰ Ver <http://www.observatorio-critico.blogspot.com/> y <http://elblogdelacatedra.blogspot.com/>

que se pudiera suponer que en los debates del Congreso se mencionarían sin falta esos nombres—, nosotros mismos estamos creando condiciones para que esos documentos puedan quedar sin la inmediata eficacia cultural y social que deseamos” (Navarro, 2008). Asumiendo la pertinencia de este reclamo, desarrollaré cuatro ejes de análisis del problema: la política cultural, el papel de los medios masivos, la crítica al pensamiento único y los espacios y modos de participación de los creadores, con énfasis en jóvenes.

1. La política cultural

Este resulta un tema estratégico, dada su centralidad e influencia en el resto de los asuntos y agendas particulares, y su incidencia en la asignación de recursos, gestión institucional y demarcación de las reglas del juego. El último congreso de la UNEAC reconoció la necesidad de conceptuar y ejercer en los medios una “(...)coherente y orgánica política cultural (...)” pero la concibió como producto de una matriz básicamente estadocéntrica a definirse, tanto en aspectos generales como puntuales, “(...)por el conjunto de organismos e instituciones afines, bajo la consideración de la política general del Partido y el Estado, cuyo garante es el Ministerio de Cultura”. Al mismo tiempo, aclaró que corresponde a la asociación jugar su rol (objetivamente subsidiario aunque no despreciable) a partir de su “intensa participación en ese diálogo que puede instituirse como un mecanismo permanente de intercambio de ideas y soluciones”.¹¹

Esta colaboración se proponía, de forma concreta, como ampliación de los vínculos entre los medios masivos, el MINCULT y UNEAC, donde esta última podría prestar asistencia, consejo y orientación a los medios en las jerarquizaciones de eventos, obras, escritores y artistas.¹² La inclusión de un segmento de la intelectualidad en el establecido binomio vanguardista/populista se percibe en la demanda de ampliar la “representación orgánica en nuestros medios de difusión” mediante la “publicación progresiva de sus obras relevantes para que se difundan en amplias capas del pueblo, a quien pertenece definitivamente la memoria cultural” dentro de una proyección nacional de la cultura “regida

¹¹ Dictamen. Comisión Política Cultural y Medios Masivos, UNEAC, 2008.

¹² Dictamen. Comisión Proyección del Arte y la Literatura, UNEAC, 2008.

por la jerarquización de la obra y su creador a partir de su altura artística” y dando papel fundamental a la crítica.¹³ En este acápite, a pesar de la repercusión de estas acciones (en caso de llevarse a cabo), la persistente jerarquización autoritaria de funciones y la postergación de una noción cogestiva -más simétrica- del campo cultural, que abra paso a la incidencia de creadores y públicos en la formulación y control efectivos y vinculantes de las políticas culturales, continúan señalando las agendas pendientes de un proyecto cultural socialista pensado desde el poder.

De forma proactiva, la máxima autoridad del aparato cultural cubano ha defendido la idea de estudiar y diversificar los patrones de gusto, y transformarlos en favor de la cultura nacional y extranjera, elaborando acciones culturales bien pensadas y coordinadas. Para ello propone impulsar “la mayor masividad imaginable, la mayor democratización de la cultura; pero sin chapucería, sin dejar espacio a las distorsiones populistas y a la mediocridad”.¹⁴ Ciertamente en la actualidad no es norma el veto explícito y generalizado sobre manifestaciones (amén de los prejuicios que subsisten, por ejemplo, con el reggaetón) aunque sí la censura a agrupaciones y creadores considerados “incómodos” por sus poéticas socialmente críticas. En este campo la pertenencia formal a alguna de las asociaciones no ha sido óbice para el veto a la movilidad, apoyo material o socialización de su arte.¹⁵

2. El papel de los medios masivos

La alarmante aparición televisiva de los fantasmas del llamado Quinquenio Gris, el divorcio de buena parte de la política informativa de la cotidianeidad del cubano, unidos a la creciente insatisfacción de la población con la variedad, novedad y factura de espacios recreativos,

¹³ Dictamen. Comisión Proyección del Arte y la Literatura, UNEAC, 2008.

¹⁴ Abel Prieto, Palabras en la clausura del VII Congreso de la UNEAC, en <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=132>

¹⁵ Un ejemplo prístino de esto es el caso del grupo de Hip Hop Los Aldeanos, miembros de la AHS, cuyos más recientes viajes de intercambio al exterior han sido vetado en al menos tres ocasiones y sus presentaciones son objeto de prohibición, vigilancia y clausura. Debe reconocerse, sin embargo, el apoyo otorgado por la dirección y membresía de la AHS a realización de conciertos como el efectuado en La Madriguera, sede de la asociación en la Ciudad de la Habana, el pasado mes de febrero, con asistencia record de cientos de seguidores.

provocó airadas críticas de los intelectuales a la gestión y contenidos de los medios masivos, emblemáticamente representados por el Instituto Cubano de Radio y Televisión. En el congreso de la UNEAC fue denunciado el “desfasaje entre el proyecto cultural de la Revolución, de un lado, y la practica cultural real de los medios masivos” (Navarro, 2008). Ello se tradujo en la crítica a los excesos de didactismo y discursos apologéticos, y en el reclamo de “un sostenido incremento de la presencia de la realidad cubana en los medios en toda la programación (...) la jerarquización de los paradigmas históricos y culturales de la nación cubana, acompañada de la construcción de nuevas identidades en sintonía con las complejidades de la sociedad cubana actual” y el reclamo de un “abordaje de las diversidades (sexuales, raciales, geográficas y territoriales, de clases y estratos sociales, de identidades) y su reflejo en los medios, así como una crítica frontal a cualquier manifestación de racismo.”¹⁶

Particularmente lúcidos fueron los planteos de creadores jóvenes, al criticar una televisión cuyo patrón de legitimación cultural “(...) no refleja la realidad de los cubanos (...)”.¹⁷ En los documentos de la Asociación se hizo explícita una apuesta por “(...) dotar a la TV de espacio y programas destinados a la crítica y la reflexión, que eludan lo epidérmico, lo didáctico y/o lo apologético” capaces de desplegar una “(...) producción audiovisual anti hegemónica (...)”¹⁸ para lo cual se asumía que “(...) las nuevas tecnologías nos han puesto frente a un nuevo desafío; lo que no se resolverá de ningún modo, desconociéndolas”.¹⁹

En todos los foros, los intelectuales pidieron el desarrollo de nuevos espacios de información (destacando un noticiero nacional cultural) y de crítica (incluyendo la crítica de la televisión en la propia televisión), así como debates abiertos a toda la población.²⁰ En el documento correspondiente de la UNEAC, las causas de estos males se atribuyen a la incomunicación, el desconocimiento, la falta de información, así como a la no

¹⁶ Dictamen. Comisión Política Cultural y Medios Masivos, UNEAC, 2008.

¹⁷ Comisión 4: Política Cultural, Medios de Comunicación y Creación Audiovisual, Documentos de Trabajo Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

¹⁸ Comisión 4: Política Cultural, Medios de Comunicación y Creación Audiovisual, Documentos de Trabajo Consejo Nacional Ampliado de la AHS.

¹⁹ Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

²⁰ Dictamen. Comisión Política Cultural y Medios Masivos, UNEAC.

correspondencia entre las realidades culturales del país y su reflejo mediático.²¹ Por su parte, los agremiados de la AHS enfatizaban que “las publicaciones culturales especializadas además de reseñar, deben propiciar espacios para el análisis y con ellos la promoción y orientación intencionada hacia la producción de pensamientos. Es necesario dotar al público de herramientas para el desmonte de la manipulación mediática”.²²

Con una mezcla aparente de espíritu subversivo e ingenuidad política, el cantautor Amaury Pérez señaló en su intervención del Congreso de la UNEAC: “Del 50 al 59 yo sabía en manos de quien estaba la televisión y la radio, era en las de Goar Mestre, porque era el dueño, pero en los últimos años, ¿en manos de quién ha estado la Televisión? porque en las manos del pueblo no ha estado, en las manos del Ministerio de Cultura no ha estado y por lo que escucho, tampoco en las manos de la UNEAC.” Pérez acabó proponiendo una “segunda intervención de la radio y la televisión” (Pérez, 2008).

Tras interrogarse sobre el impacto de vincular la extraordinaria democratización comunicacional relacionada a las nuevas tecnologías con la explosión de talentos culturales cubanos, Abel Prieto destaca convencido que Cuba es la nación donde pueden utilizarse, en un sentido educativo y cultural, estas nuevas tecnologías (Prieto, 2008). Esta lógica ilustrada del Ministro de Cultura se conecta con su reconocimiento al movimiento de revistas culturales (destacando entre otras la *Gaceta*, *Temas* y *Criterios*) sobre cuyo legado llamó la atención al demandar que “esa crítica viaje de las revistas a los medios masivos e influya mucho más allá de los sectores intelectuales” (Prieto, 2008).

Sin embargo este diagnóstico resulta, cuando menos, sesgado, pues aunque las carencias materiales y comunicativas así como el facilismo han permeado el mundo creativo, no debe desconocerse que las líneas directrices (y la aplicación minuciosa) de la política informativa es patrimonio de instancias sucedáneas del antiguo Departamento de Orientación Revolucionaria, adscrito al aparato ideológico del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Se trata, una vez más, del tipo de decisiones de la política política que la política

²¹ Dictamen. Comisión Proyección del Arte y la Literatura, UNEAC, 2008.

²² Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

cultural centralmente diseñada no tiene la capacidad (ni voluntad) de enmendar de manera estructural y definitiva.

Al respecto debe destacarse, como hecho poco conocido, la aprobación el 12 de febrero de 2007 de nuevas “Orientaciones del Buró Político del Comité Central para incrementar la eficacia informativa de los medios masivos del país”, circuladas a directivos, reporteros y docentes del periodismo, donde se denunciaban los fenómenos de secretismo, bloqueo de información, autocensura y acomodamiento. En el documento, que retomaba directrices partidistas formuladas hace más de 20 años, se dejaba claro el impacto negativo de estos fenómenos en la cultura política de la población y llamaba a los integrantes de las estructuras partidistas y administrativas a combatirlos. Sin embargo, al poner al mismo nivel las competencias de la Ley del control del secreto de estado (norma de escaso conocimiento social y extraña a las políticas de Transparencia Pública expandidas a nivel global) y las orientaciones específicas de la dirección superior del Partido, de enorme amplitud y discrecionalidad, el efecto potencial de las Orientaciones se diluye como piedra de hielo.

Las limitaciones a la asunción de Internet como plataforma de análisis y debate ciudadanizador fueron expuestas con lucidez por el director de la revista *Temas*, Rafael Hernández, en el conclave de la UNEAC. Allí el ensayista señaló “los documentos y debates de nuestro Congreso no le han prestado suficiente atención a la significación de Internet para nuestro trabajo en general, y en particular para la confrontación de ideas en el campo de la cultura” al tiempo que abogaba por establecer “una comisión o grupo de trabajo que la analice, en toda su significación. Asimismo, debe proponerse la construcción de espacios (en plural) donde se despliegue un diálogo crítico serio y un auténtico debate, que no estén sujetos a los mismos esquemas o reglas propias de un sitio gubernamental u oficial, para contribuir de manera ágil y efectiva a elevar el conocimiento y el intercambio sobre los problemas de nuestra cultura y nuestra sociedad.” El tema de fondo, como bien planteó Rafael, reunía la baja calidad, motivaciones y empleo del debate con las precarias condiciones de posibilidad en que este tiene lugar: “hablamos muy a menudo sobre la importancia de sacarle provecho a ese debate, en verdad carecemos de espacios institucionales estables para propiciarlos.” Tras reconocer que en el campo intelectual “suelen ocurrir más discusiones gremiales y catarsis que un genuino debate sobre problemas fundamentales”, exigía la necesidad de ampliarlo, pues “si

en lugar de mantenerlo compartimentado donde su impacto se desvanece, lo socializamos, podríamos contribuir a esa batalla de ideas cotidiana en los espacios donde la cultura de la Revolución se libra realmente cada día.”

No obstante y aún reconociendo el limitado acceso a Internet, los documentos gremiales producen la legitimación de espacios e iniciativas emergentes al señalar que “(...) la Internet y el correo electrónico funcionan con el mismo principio de amplia divulgación, como red alternativa. La profusión de blogs de escritores y artistas, la circulación de cartas públicas y el acceso creciente a los servicios de Internet entre la población han ampliado la difusión de la literatura y el arte cubanos (...).”²³

Años después el saldo concreto de lo debatido no parece muy halagüeño. Todavía se reiteran los llamados a mayor debate, crítica a problemas de medios masivos²⁴ y se reconocen las tardías o ausentes respuestas de las instituciones, el declive de la preocupación mostrada por estas durante el Congreso, y la inoperancia de los informes propositivos hechos por los creadores, todo lo cual conlleva el desgaste derivado tanto del reunionismo como de la merma en la credibilidad de los creadores con relación al desempeño institucional. Como ejemplo destaca la Comisión de Atención a los medios, que presentó y aprobó un plan de estrategias conjuntas con el ICRT, sin recibir respuesta de este organismo.²⁵

3. La crítica al pensamiento único.... Neoliberal

Expresando una preocupación constante del nacionalismo revolucionario, los intelectuales apostaron por el enfrentamiento a toda forma de reproducción colonial, y el despliegue de una “batalla ideológica por la creación de modelos y referentes propios”, capaces de anudar entretenimiento y cultura, con la mira puesta en la juventud.²⁶ Se ahondaba al respecto que

²³ Documentos de Trabajo sobre Proyección Nacional de Literatura y el Arte en Informe de la Comisión permanente de trabajo sobre Proyección nacional de la literatura y el arte, UNEAC, 13 de enero de 2010.

²⁴ Informe al Proceso Asambleario de Comités provinciales y Asociaciones nacionales de 2009, UNEAC, 5 de enero de 2010.

²⁵ Informe General de las Comisiones Permanentes de Trabajo, UNEAC, 13 de enero de 2010.

²⁶ Dictamen. Comisión Política Cultural y Medios Masivos, UNEAC, 2008.

“(…) a través de la globalización pseudocultural se ha intentado imponer modelos de consumo cultural homogéneos y banalizadores (…) el único modo de defender nuestra supervivencia como nación ha sido la defensa de nuestros valores y nuestra riqueza cultural, fundados en la diversidad creativa.”²⁷ Además, se especificaban las amenazas provenientes de “(…) la aceptación acrítica de productos de muy baja calidad estética, o de modelos que estimulan el consumismo, el culto a las marcas, a la frivolidad, al éxito sustentado en el individualismo (…)” y se señalaba cómo la carencia de recursos y tecnologías “(…) no pueden justificar la desidia, la apatía, la falta de creatividad en los espacios que diseñamos.”²⁸

Semejante postura ha sido ratificada más de una vez por el Ministro de Cultura. A tenor con ella ha señalado que “necesitamos que la UNEAC, el Ministerio, el ICRT y todas las demás instituciones que promueven la cultura, trabajen del modo más coherente posible para defender nuestros auténticos valores culturales frente a la banalización”, identificada por factores como el “culto estúpido a la seudocultura yanqui, la frivolidad del colonizado, los retrocesos éticos, la corrupción, el racismo” (Prieto, 2008). Como expresión de ese esfuerzo se demanda de las instituciones culturales cubanas dar a conocer el talento creador de Cuba, del Sur y del Norte, “de todo lo bueno que se abre paso a contracorriente y al margen del mercado global”, para lo cual se precisaría “crear en nuestro pueblo, especialmente entre los jóvenes, referencias culturales sólidas y una capacidad crítica, inteligente, frente a los modelos falsos y la supuesta ‘modernidad’ capitalista.”

Quizás habría que añadir aquí que en nuestro país se necesita también (y con particular urgencia) hacer un balance de la “modernidad socialista”, su variedad, alcance, promesas y barreras estructurales dentro de los mundos de la sociedad y la cultura. Y, obviamente, identificar sus manifestaciones concretas en la Cuba actual. Si bien es imprescindible, como señala el Ministro de Cultura, desarrollar una crítica artística y literaria seria, rigurosa, de “la creación y también de la gestión cultural, como un instrumento esencial frente a las concesiones que pueden hacer promotores, e incluso artistas, al mercado del arte”, también es válido extender ese análisis y reclamo a las concesiones que, desde las instituciones y políticas culturales cubanas, se hacen a la política política.

²⁷ Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

²⁸ Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

Todo ello es perfectamente suscribible, al apuntar fenómenos nocivos como la extensión del darwinismo social, la conservadurización de prácticas y costumbres y la mercantilización de las relaciones humanas visibles en múltiples parcelas, allende el campo cultural. Sin embargo, las alertas solo dibujan los contornos de un tipo de pensamiento único, casi siempre identificado con las expresiones estéticas y éticas de un neoliberalismo salvaje. Mientras, la enorme y cotidiana influencia del pensamiento único del mal llamado marxismo-leninismo, responsable de buena parte de los problemas que atañen al campo cultural cubano, estan ausentes en estos documentos. Parecería como si, con la desaparición de la URSS, el legado de más de 20 años de influencia de la ideología oficial del “fraterno e indestructible hermano” se hubiera esfumado por arte de magia...y no persistiera en la mentalidad, estructura y modus operandi de lo peor de la burocracia criolla.

4. La participación de los intelectuales: el rol de los jóvenes y los proyectos culturales

Este tópico suscitó numerosas intervenciones y referencias en conclaves y documentos de las asociaciones culturales. Se ha reconocido el mal trabajo desarrollado con sus jóvenes agremiados, la urgencia de otorgar prioridad y sistematicidad a este trabajo de cara a las responsabilidades y desafíos futuros y la necesidad de restablecer en sus filas “un clima favorable a la participación, el ejercicio del pensamiento crítico y el debate (...) en el que los jóvenes encuentren un espacio conveniente a sus inquietudes y a la realización de sus proyectos, que deben, como es lógico, corresponder a sus propias expectativas.”²⁹ Se abogó por una política editorial ejercida institucionalmente, que vincule directivos y realizadores, a partir del diálogo, la participación y el entendimiento mutuo como el mejor instrumento para vincular artistas e instituciones. Fue explícitamente reconocida la presencia y aporte de jóvenes creadores *freelancer* de arte cubano contemporáneo, destacando su impronta en los nuevos circuitos de producción y consumo culturales, vinculados a las nuevas tecnologías, y su demanda de acceso a equipamiento y la Web.³⁰

²⁹ Dictamen. Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas, UNEAC, 2008.

³⁰ Dictamen. Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas, UNEAC, 2008.

Se destaca la necesidad de actualizar algunas políticas de fomento a la creación y la promoción artístico literaria, señalando el estímulo a las publicaciones digitales (y la eliminación de trabas a su establecimiento) dentro del panorama cultural cubano.³¹ Específicamente, la UNEAC llamó a sistematizar los intercambios con la AHS y otras instituciones para el coauspicio de proyectos promotores de la participación y el trabajo artístico juvenil.³² Ha sido elogiado el ejemplo de pequeños proyectos (como el Centro Criterios) que, con un mínimo personal pero con entusiasmo y claridad de conceptos, se ocupan de zonas insuficientemente atendidas, siendo ejemplo de organización y gestión cultural creativos. Y se defendió la necesidad de apoyarlas, como referencia dentro de las políticas culturales estatales, a partir de su fuerte impacto sobre determinados segmentos de la población e intelectualidad (Prieto, 2008).

Los discursos son pródigos de encomio a la participación, individual y colectiva, de los creadores. En el pasado Congreso de la UNEAC se celebró la disposición de los delegados a “acompañar la crítica, el análisis, la denuncia de los problemas, con una disposición muy activa y muy revolucionaria a participar en la solución del problema” (Prieto 2008). El vicepresidente cubano Esteban Lazo explícitamente señaló que “nosotros necesitamos más que nunca, como siempre ha sido aquí, nuestros intelectuales, nuestros artistas y nuestros escritores. Los necesitamos hoy más que nunca en la lucha por seguir salvando para siempre la Revolución y el socialismo, y acompañarnos en toda esta lucha que llevamos, por ser cada vez mejores; cambiando lo que deba ser cambiado” (Lazo 2008).

Tras reclamarse convencido del diálogo y la defensa de la memoria histórica, el dirigente cubano reconoció que “el día que nos falte el aire, se nos acaba la vida; el día que nos falte la crítica, nos estancamos; pero la crítica justa y comprometida, ¡la crítica justa y comprometida!” al tiempo que definía rumbos para la participación colectiva, cuando señala que “la primera conciencia que hay que tomar es que hay que resolver lo estratégico y dejar a un lado lo individual, si es que queremos resolver las cosas (Prieto 2008).

³¹ Dictamen. Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas, UNEAC.

³² Dictamen. Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas, UNEAC.

En su discurso de clausura, Abel Prieto exhortó a la UNEAC a “mantenerse viva, activa, vigente, influyendo, debatiendo, discutiendo, interviniendo en la política cultural a nombre de la vanguardia, a nombre de la calidad (...) que se caracterice por promover, de manera sistemática, repito, la participación y el debate, y de mantener y de renovar de modo permanente esa unidad imprescindible de la intelectualidad revolucionaria en torno a la política cultural de la Revolución” (Prieto 2008). En otros foros Fernando Rojas, Viceministro de Cultura, hizo explícitos votos por sobre la necesidad de “(...) ser capaces de participar cada vez más y de actuar, sin que ello nos condene, con la disciplina necesaria para permanecer unidos”, al tiempo que se preguntaba: “¿Seremos capaces de transmitir a los jóvenes nuestras convicciones? ¿Podremos convencerlos de los asertos en los que coincidimos, mayoritariamente, tres generaciones de revolucionarios?”. Al concluir, sentenció “Habrá que tener argumentos, no teleologías; principios, no dogmas; convocatorias, no imposiciones; alternativas que convenzan, no prohibiciones; cultura, participación, satisfacción y disciplina” (Rojas 2008).

En los documentos de la AHS se reconoce que “pensada como contraparte de las instituciones culturales, la joven vanguardia artística ha estimulado la confrontación y el intercambio, abordando temas, que algunos han creído están fuera de la competencia de una organización de jóvenes artistas, y que sus miembros han defendido y asumido con la convicción de que es imprescindible no permanecer impasibles ante ningún tema relacionado con la cultura, el arte y los artistas en interacción con la sociedad.”³³ Las dos asociaciones nacionales de creadores reclaman una “mayor presencia de escritores en espacios de intercambio en las universidades del país, y muy en especial en las facultades de Humanidades” y en “proyectos de intercambio cultural que contribuyen a consolidar su formación mediante el contacto con otras realidades sociales, sobre todo en nuestro continente”³⁴ para lo cual se aboga por un “(...) activismo revolucionario que permita articular un frente de pensamiento de izquierda, que convoque y movilice a la juventud de Latinoamérica.”³⁵

³³ Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS, julio de 2009.

³⁴ Dictamen. Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas, UNEAC, 2008.

³⁵ Informe Central Consejo Nacional Ampliado de la AHS.

Vale la pena ahora contrastar la postura de (y hacia) jóvenes creadores, en relación con los llamados institucionales a la participación. Ya desde su planteamiento en el segundo encuentro del Taller “La política cultural de la Revolución” (dedicado a los jóvenes), la idea autocomplaciente de un avance real en el diálogo era creíble solo para un sector muy reducido de la intelectualidad presente en aquella sala del ISA. La respuesta de los jóvenes a algunas de las palabras del destacado intelectual Ambrosio Fornet³⁶ no podía ser otra que la risa. Las limitaciones impuestas al ciclo de conferencias que noble y agudamente había diseñado el Centro Teórico-Cultural Criterios (CTCC), eran muestra de por dónde vendrían los tiros: un espacio físico definido por la oficialidad cultural, limitado el libre acceso con invitaciones dirigidas, intervenciones de tres minutos, y con una agenda referida a un período de tiempo muy acotado, todo servido para saldar cuentas puntuales con un pasado cuyos reflujos eran evidentes para los que allí estábamos. “Al parecer se trataba de reivindicar (con todo derecho) a algunas de las víctimas de un período más que gris, invisible” (Díaz 2007), cuando debería develar las causas estructurales que reproducían estos procesos de represión y censura, inscritos sobre el suelo común del modelo socialista del siglo XX.³⁷

Otra incoherencia del espacio era señalada por Alain Ortiz, cuando hacía notar que “el sentido del encuentro tenía que ver quizás con la representación multigeneracional, y que no tiene que ver solamente con la que estoy viendo aquí, que casi es una representación institucional.”³⁸ Un diálogo así estructurado, difícilmente podría atraer a la juventud allí convocada.

³⁶ “*Tengo la impresión de que se ha avanzado bastante. La gente ha dicho, efectivamente, que nos queda mucho por discutir. Ciertamente que nos queda por discutir, pero están (como se decía en otra época, y decían nuestros profesores de marxismo) creadas las condiciones para que se pueda producir un avance real. (RISAS LIGERAS AUDITORIO) No, de verdad, no sé por qué se ríen. (GRANDES RISAS)*”. Intervención grabada de Ambrosio Fornet, en el segundo encuentro del Taller “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión”. ISA. 2007.

³⁷ Referí el carácter estructural de nuestros males en mis intervenciones en los debates de Casa de las Américas y luego en el ISA, lo que motivó una respuesta diferenciada del funcionariado cultural. Por una parte, un dialógico Abel Prieto reconoció la necesidad de discutir el legado soviético en Cuba, mientras que el entonces presidente del Instituto Cubano del Libro, Iroel Sánchez, me espetó que un evento como la Feria del Libro también era un fenómeno estructural.

³⁸ Intervención de Alain Ortiz, Taller “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión”. ISA. 2007.

Es el proceso quien otorga legitimidad. Partiendo de los presupuestos mencionados, era poco probable (aún contando con la buena voluntad de intelectuales del prestigio y coherencia de Desiderio Navarro) que ocurriera una trascendencia de los debates fuera de aquellos círculos. Si sumamos a ello la total ausencia de cobertura periodística en medios oficiales como la prensa escrita, la radio y la televisión (la referencia quedó a cargo de espacios de la web institucional y alternativa cubanas), podremos comprender cómo poco a poco, conferencia tras conferencia, el público fue menguando de un furor difícil de contener en las puertas de Casa de las Américas, hasta una asistencia magra y desmotivada en los últimos encuentros en la sede del CTCC.

¿Qué ganancia práctica tuvo aquel ciclo? No me refiero a la indiscutible calidad, e incluso carácter confrontacional de la mayoría de los textos presentados, ni a la riqueza de las intervenciones en los debates, sino al modo en que los análisis impactaron la sociedad. Parecía un “recurso válido de partida”,³⁹ incluso después el CTCC publicó el libro con las primeras conferencias (Heras y Navarro 2007) y se espera la edición de otros que recogerán un testimonio invaluable, no obstante, no parece haber un compromiso firme de tomar estos textos como herramientas de diagnóstico y transformación por quienes, desde las esferas de poder, aplican políticas incoherentes con el discurso público.

Propuestas como las del Ministro de Cultura cuando decía “A mí me parece que ese ‘susodicho’ o se supera, se capacita, o tiene que salir de esta historia y ocuparse de otra cosa”, refiriéndose a los dirigentes incultos de instituciones culturales, no han tenido una expresión en la práctica, donde el calificativo de ‘confiable’ sigue teniendo más peso que cualquier otra consideración. Propuestas concretas como las de Mario Castillo sobre la edición y promoción de autores socialistas críticos⁴⁰ y silenciados en nuestro proceso revolucionario, y la instauración del Premio de Censura, tan bien acogida por los presentes, no han encontrado eco después de la efervescencia de aquellos debates.

³⁹ Intervención de Hiram Hernández, Ídem.

⁴⁰ “Trostky, Rudolf Bahro, Milovan Djilas, Víctor Serge, Kropotkin, Cornelius Castoriadis, Isaac Deutscher (...) anarquistas rusos, anarquistas ucranianos (...) Paulo Freire”, Intervención de Mario Castillo, Ídem.

Por otro lado, gran parte de las ideas que circularon en el ciberespacio (“guerra de los emails”) antes de las conferencias del CTCC, no fueron retomadas allí y mucho menos analizadas en profundidad, aparte de círculos intelectuales y un par de artículos académicos. La trascendencia que podría esperarse de aquellos correos llenos de información valiosa, no recogida en texto alguno, fue poco menos que nula. Si bien algunos se caracterizaban por el tono airado, el resentimiento, o la catarsis, ello no los invalidaba como referencias legítimas. Tampoco es posible obviar el ejercicio de presión que para la oficialidad significó aquel trasiego de mensajes sin censores ni moderadores, y que derivó en este ciclo de conferencias. Los análisis de realidades comunes desde posicionamientos bien diferenciados fueron sintomáticos acerca de la llevada y traída “cultura del debate” entre los cubanos. Si tal cultura no existía entre personas “letradas”, qué podría esperarse del resto de la sociedad. Constatar esa realidad fue importante.

En los últimos tiempos y en franco contraste con los llamados a la inclusión, el respeto a la diversidad y el debate, el campo cultural ha visto el despliegue de acciones restrictivas (abiertas o solapadas) desde la institucionalidad, que cuestionan la voluntad de una aplicación coherente de las ideas antes enarboladas. Con el pretexto de acotar la presencia de la “contrarrevolución”,⁴¹ término cuya instrumentalización autoritaria mete en el mismo saco a terroristas confesos, disidentes no violentos, artistas críticos o simples ciudadanos, se han vulnerado las normas de convivencia, la legislación (en tanto derechos y dignidad personales) y la propia iniciativa popular, no antisistémica, interesada en desactivar “zonas de silencio” respecto a ciertos temas críticos (violencia social, censura, ciberespacio) y en algunos casos comprometidas con proyecto socialista de la Revolución de 1959.

Al respecto pueden destacarse la obstrucción de la entrada libre de público a las sesiones de debates abiertos del Foro Último Jueves, organizado por la revista *Temas*; las detenciones y sanciones ulteriores (laborales, administrativas, policiacas) a raíz de la marcha-performance contra la violencia convocada por varios colectivos y creadores el 6 de noviembre del 2009; las presiones ejercidas por autoridades de Cultura sobre el proyecto

⁴¹ Posiblemente esta visión inspiró la declaración, críptica y retórica, que declara que “La UNEAC rechaza los intentos de la contrarrevolución interna de usar los espacios de la cultura para legitimarse y buscar resonancia mediática. Nuestra organización es y será siempre el ámbito de los escritores y artistas revolucionarios cubanos” (Barnet 2010).

Esquife, organizador del Encuentro Teórico Medios Digitales y Cultura, y exigencia de control de acceso de público al espacio del evento; el acto de repudio contra el proyecto autónomo OMNI-Zona Franca y su expulsión del espacio que ocupaba desde hace 10 años, en la Galería Fayad Jamís de Alamar, así como la retirada de apoyo al Festival Poesía sin Fin por parte de los funcionarios del sector cultural.⁴²

Conclusiones

Un veterano y avezado amigo, inspirado por los vientos de la realpolitik, tuvo a bien señalar a sus jóvenes colegas algunos de nuestros errores. El principal, según su juicio, ha sido el sobredimensionar y confundir nuestro papel e impacto en la sociedad, frente a la acción y poder de las instituciones. Ello se basaría en nuestra apuesta por una militancia dentro de cierta visión ilustrada, que confía en la capacidad del discurso racional y la persuasión dialógica para influir en las elites políticas y la formación ciudadana. Ante su no correspondencia con la realidad, el desenlace de este proceso es el aumento de la frustración, los cansancios y los voluntarismos.

Podría esgrimirse, con cierto empecinamiento, una propuesta contraria. Esta asume que es preciso sostener una ética del discurso y un compromiso con la deliberación, opuestos a la violencia sistemática ejercida dentro de un orden programáticamente autoritario y excluyente. Esta lógica conducirá, si bien lenta y accidentadamente, a la reivindicación y defensa de los Derechos Humanos, asumidos como defensa de la dignidad y la vida. Esto nos lleva a revalorizar los procedimientos y normas construidos democráticamente en todos los espacios sociales, y a un ejercicio ampliado de la solidaridad contra el despotismo, capaz de atravesar las fronteras territoriales y los clivajes sociales.⁴³

El recurso de la memoria histórica es esencial. El examen del legado de la Ilustración, en su triple condición de espíritu de época, ideario y forja de sociabilidades, puede ser particularmente fructífero. A fines del siglo XVIII, la decepción de una pléyade de intelectuales críticos y socialmente mal asimilados se combinó con “la erosión de la

⁴² Sobre estos sucesos ver Chaguaceda 2009 y 2010, Landrove 2009, Prieto 2009 y, Simón 2009.

⁴³ Ver acápite “De la Revolución a la Democracia” en (Lechner, 1990).

omnipotencia de la autoridad, la imputación del infortunio social al detentador del poder soberano y la esperanza compartida de una nueva era” (Chartier, 2003:213-124), para detonar las llamas liberadoras de la Revolución Francesa. Hoy en nuestro país, reeditando aquellos tiempos, parece expandirse en la población “una actitud crítica, que, sin hacerse explícita necesariamente en pensamientos claros o en discursos articulados, hace abandonar gestos tradicionales, rechazar la obediencia inculcada, percibir de manera distinta, irónica y desconfiada, los poderes que antes fueron objeto de temor y reverencia” (Chartier, 2003:208).

En un texto reciente, un colega admirable aludía a la coexistencia, dentro de la patria y conciencia de los cubanos, de cuatro modelos de sociedad con sus correspondientes proyectos culturales. Definiéndolos como el comunismo de cuartel, el socialismo democrático, el capitalismo de estado o socialismo de mercado y el capitalismo neoliberal. Desiderio reconocía la conflictividad inherente a los nexos entre todos los proyectos, aunque creía posible una alianza de los tres primeros contra las avanzadas, estéticas, ideológicas y materiales, del neoliberalismo. Sin embargo, quienes durante mucho tiempo apostamos a una posible confluencia entre el impulso reformista e institucionalizador del liderazgo cubano y la expansión (e incidencia) de espacios de sociabilidad emergentes en el campo cultural, hemos visto menguar nuestro entusiasmo. La hibridación de comunismo cuartelario y políticas capitalistas (en sus versiones estatal y neoliberal) parece una opción preferible, actualmente en curso, para la envejecida dirección estatal y partidista.

Sin embargo no queda otra opción que la resistencia. Es imprescindible reducir, lo más posible, la descuidadización galopante que nos corroe y evitar la identificación mecánica del legado revolucionario con las políticas coactivas y reactivas del régimen. En la Cuba del siglo XXI una frustración socialista sólo puede reeditar, en mayor escala, el desencanto republicano y nacionalista del primer cuarto del siglo pasado, con la triste diferencia que aquella podía invocar a la Revolución como redención postergada, como sueño trunco e incompleto. Esta no contará con ese poderoso artilugio simbólico, y sólo cosechará despojos.

El visible agotamiento de las formas ensayadas (y prometidas) de ilustración marxista-leninista y burguesa, y el paulatino declive del nacionalismo instrumentalizado, alerta sobre la necesidad de generar, desde el estado o en sus márgenes, nuevas estéticas, poéticas y políticas postestalinistas y postneoliberales. Para ese empeño resultarán inútiles (y nocivas) las

herramientas y nociones de aquellas “vanguardias culturales” instituidas o toleradas, estado mediante, para gerenciar los procesos de acumulación y socialización desplegados entre las fronteras del mercado global o la ideología local. El desafío es hacer inválida la sentencia que tristemente vaticina con dosis apreciables de alarma y lucidez “Hoy Cuba es apenas una nación poscomunista. Mañana, podría ser una democracia sin nación, un mercado sin república” (Rojas, 2006: 44).

Hoy la ideología y cultura crecientemente hegemónicas (aún sin ser políticamente dominantes) dentro de la isla rezuman una suerte de neoliberalismo, a la vez ingenuo y salvaje, imbatido por la propaganda oficial y el arte crítico socialista, pero abonado por la cultura de masas de la economía dolarizada, los programas de televisión, el subconsumo acumulado y las videotecas clandestinas de reality shows *made in Miami*.⁴⁴ La persistente apuesta por sustituir ilustración con adoctrinamiento y confundir educación con mera instrucción obstruyen los esfuerzos de la intelectualidad pública del socialismo cubano por impulsar valores y prácticas basados en la autonomía emancipadora de los sujetos sociales y el renacer de una mística socialista y democrática. Ante este panorama resulta ciertamente precaria (y meritoria) la incidencia que pueden desplegar los proyectos de sociabilidad intelectual y emergente que, en los márgenes de instituciones oficiales, tratan de desarrollar acciones de política cultural (y hasta de una política política) autónomas respecto del orden formal vigente.

Pero vale la pena intentarlo. El desafío no es solo estético o político sino, ante todo, civilizatorio: se trata de superar el fardo terrible del subdesarrollo que nos condena, según Edmundo Desnoes, a la persistente incapacidad para asociar ideas y acumular experiencias. Y, también, de salvar el legado y las transformaciones aún vivas del socialismo. Ojalá la campana aislante del debate, que con dolorosa precisión reflejó el caricaturista, transmute finalmente en su homóloga de bronce. Así empezaríamos la década con tañidos que despierten a las mayorías, heroicas y cansadas, de su letargo y condenen al insomnio a aquellos que persisten, a despecho de Cronos, en aprisionar la esperanza.

⁴⁴ Ver la intervención de Julio Antonio Fernández en (Colectivo, 2009) y la de Desiderio Navarro en el VII Congreso de la UNEAC.

Bibliografía

- Arango, Arturo (2007), “Pasar por joven (con notas al pie)”, en Heras y Navarro 2007.
- Asociación Hermanos Saíz (2009), *Documentos de Trabajo Consejo Nacional Ampliado*.
- Asociación Hermanos Saíz (2009), *Informe Central Consejo Nacional Ampliado*.
- Barnet, Miguel (2010), *Pronunciamiento del Consejo Nacional de la UNEAC. Defensa concreta de la política cultural de la Revolución* (La Habana: Consejo Nacional de la UNEAC).
- Bloch, Avital H; de la Mora, Rogelio; y Cansino, Hugo (2007), “Introduction”, en Avital H Bloch, de la Mora, Rogelio y Cansino, Hugo (eds), *Public Intellectuals in Contemporary Latin America* Universidad de Colima/Universidad Aalborg).
- Bourricaud, Francoise (1990), *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, (México: UNAM),
- Camp, Roderick. A. (1995), *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX*. (México: Fondo Cultura Económica).
- Chaguaceda, Armando (2010), “La OMNIpotencia del amor”, <http://www.havanatimes.org/sp/?p=1829>
- Chaguaceda, Armando (2009), “Defendiendo nuestros temas”, <http://www.havanatimes.org/sp/?p=1523>
- Chartier, Roger (2003), *Esfera pública, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. (Barcelona: Gedisa).
- Colectivo de Autores (2009), “¿Qué pasa con el joven pensamiento social cubano?”, *Revista Dédalo*, 10.
- Colectivo de Autores (2010), “Destinos cómplices”, *Juventud Rebelde* (La Habana), 16 enero.
- De la Mora, Rogelio (2007), “The role of intellectuals in Truth Commissions in Peru and Mexico”, en Bloch, Avital H; de la Mora, Rogelio; Cansino, Hugo (eds), *Public Intellectuals in Contemporary Latin America*, Universidad de Colima/Universidad Aalborg).
- Díaz, Isbel (2007), “Conferencia para mayores de 40 años”, en Casa de las Américas (31 de enero de 2007), http://www.desdecuba.com/polemica/articulos/104_01.shtml
- Guanche, Julio César (2009), “Ser rebelde para ser revolucionario”, *Revista Dédalo*, 10.
- Heras, Eduardo y Navarro, Desiderio, eds. (2007), *La política cultural del periodo revolucionario: memoria y reflexión* (La Habana: Centro Teórico Cultural Criterios).
- Hernández, Hiram (2009), “Vencer la Tentación Dogmática”, *Alma Mater*, abril.
- Hernández, Hiram (2008), “Juventud y Pensamiento Cubano. Entrevista a Juan Valdés Paz”, *Dédalo*, 10.
- Hernández, Rafael (2008), Intervención en VII Congreso de la UNEAC, en <http://www.uneac.org.cu/index.php?act=detalle&id=138&module=noticias>

- Hernández, Rogelio (2003), “Los intelectuales y las transiciones democráticas”, en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H C F, eds. *Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico* (Rosario: Homo Sapiens Ediciones).
- Landrove, Hilda (2009), “Reivindicar la poesía”, <http://elcaimanemplumado.blogspot.com/2009/12/la-herejia-de-la-alegria.html>
- Lazo, Esteban (2008), Intervención en el VII Congreso de la UNEAC, Palacio de las Convenciones, en <http://www.granma.cubaweb.cu/2008/04/06/nacional/artic05.html>
- Lechner, Norbert (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política* (Santiago de Chile: FCE).
- Leyva, Anneris y Somohano, Abel (2008), “Los intelectuales y la esfera pública en Cuba: el debate sobre políticas culturales”, *Temas* no. 56, octubre-diciembre (La Habana).
- Mansilla, H C F (2003), “Intelectuales y Política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental” en en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H C F, eds. *Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico* (Rosario: Homo Sapiens Ediciones).
- Martínez, Fernando (2007), “Pensamiento social y política de la Revolución”, en Heras y Navarro 2007.
- Martínez, Liliana (2006), *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba* (México DF: FLACSO).
- Navarro, Desiderio (2007), “¿Cuántos años de qué color? Para una introducción al ciclo”, en Heras y Navarro 2007.
- Navarro, Desiderio (2008), Intervención en VII Congreso de la UNEAC. <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=140>
- Prieto, Abel (2008), Palabras en la clausura del VII Congreso de la UNEAC, en <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=132>
- Prieto, Dmitri (2009a), “Una pequeña batalla de ideas contra la violencia (I)”, <http://www.havanatimes.org/sp/?p=1506>
- Prieto Dmitri (2009b), “Una pequeña batalla de ideas contra la violencia (II)”, <http://www.havanatimes.org/sp/?p=1553>
- Ramos, Alfredo (2003), “Algunas hipótesis sobre la relación Intelectuales Política en Venezuela”, en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H C F, eds. *Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico* (Rosario: Homo Sapiens Ediciones).
- Rojas, Fernando (2008), “Hacia los 50. Palabras de clausura de Seminario 50 Aniversario de la Revolución Cubana”, <http://www.oceansur.com/news/programa-del-seminario-50-aniversario-de-la-revolu/>
- Rojas, Rafael (2009), *El estante vacío. Literatura y política en Cuba* (Barcelona: Anagrama).
- Rojas, Rafael (2006), *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano* (Barcelona: Anagrama).

- Sefchovich, Sara (2008), *País de Mentiras. La distancia entre el discurso y la verdad en la cultura mexicana* (México DF: Océano).
- Simón, Carlos (2009), “Todos los cubanos somos hermanos. La No Violencia como el espacio performativo de la cooperación”, <http://www.esquife.cult.cu/agendaesquife/2009/11noviembre/02.html>
- UNEAC (2008), Dictamen, Comisión Política Cultural y Medios Masivos, <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=130>
- UNEAC (2008), Dictamen, Comisión Proyección del Arte y la Literatura <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=128>
- UNEAC (2008), Dictamen, Comisión Relación con los jóvenes escritores y artistas <http://www.uneac.org.cu/index.php?module=noticias&act=detalle&id=122>
- UNEAC (2010), Documentos de Trabajo sobre Proyección Nacional de Literatura y el Arte en Informe de la Comisión permanente de trabajo sobre Proyección nacional de la literatura y el arte, 13 de enero de 2010
- UNEAC (2010), Informe General de las Comisiones Permanentes de Trabajo, 13 de enero
- UNEAC (2010), Informe al Proceso Asambleario de Comités provinciales y Asociaciones nacionales de 2009, 5 de enero de 2010

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro.
Xalapa, Veracruz, México.
Telfax (012288) 12 47 19
E-mail: iihs@uv.mx